

IN MEMORIAM

Dr. D. Enrique de Aguinaga López*

Dr. D. Emilio de Diego García**, Dr. D. Álvaro de Diego González***

edediego@ucm.es



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 82.

En su toma de posesión, celebrada el día 10-01-1996, pronunció el discurso de ingreso:
Dimensión científica del periodismo.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=82>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Enrique de Aguinaga García celebrada el 01-02-2023

** Académico de Número y Presidente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España

*** Universidad CEU San Pablo

Dr. D. ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ

Dr. D. Emilio de Diego López

Lo malo de una necrológica es el motivo que la origina. Un precedente terrible siempre indeseable. A partir de ahí va unida al recuerdo emocionado del familiar, del amigo, del compañero que nos dejó. Asoma de su mano, inevitablemente, una vibración nostálgica. Una sensación superada pronto, sin embargo, en la evocación serena de la huella impresa por el ser humano, cuya memoria nos convoca hoy. Toma cuerpo así su imagen enriquecida por tantas visiones distintas, como número de asistentes a esta clase de actos. Una sensación poliédrica y polícroma. Entramos entonces en el dominio de lo agradable y lo sublime que estas reuniones conllevan: la impronta amable de su legado espiritual. Esperemos que esta rememoración alcance la altura del desafío que supone la *laudatio postmortem*, de un personaje impar, como fue el Dr. Enrique de Aguinaga. Para ello, habremos de llevar a cabo un repaso de su figura como hombre, periodista (maestro por vocación) y académico. Lo haremos de forma abreviada, pero intentando destacar, al menos, lo más significativo; aquello que nos ayude a conocerle más y mejor. Trataremos, pues, en primer término, del ser humano.

Todos somos fruto, en gran medida, de eso que llamamos las circunstancias, cada uno de la suya propia, es decir aquello que conforma nuestro mundo particular. Un conjunto de factores condicionantes de nuestra existencia. Algo que no hemos elegido (tiempo y espacio, genética, rasgos étnicos, familia, entorno socioeconómico y cultural, etc.) Elementos que informan además nuestra percepción de la realidad. A partir de ahí la vida, como ejercicio de libertad, nos ofrecerá, con mayor o menor facilidad, la oportunidad personal para superar la circunstancia que completa el yo orteguiano. Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo. El balance no es otra cosa que nuestra biografía.

En ese ejercicio acompañaremos a Enrique de Aguinaga, cogidos de su mano, en la peripecia vital que discurre entre la alfa y la omega de su existencia, desde su nacimiento hasta su muerte. Vino al mundo el 2 de octubre de 1923, hace casi cien años, en Valverde del Fresno (Cáceres), localidad del valle del Jálama, entre la sierra de Gata y la raya de Portugal. Una población que entonces contaba con casi 2.400 habitantes, unos pocos más que hoy, y en la que, al cabo del tiempo, llegaría a tener una calle con su nombre. Aquel espacio compendiaba en el plano económico olivos, ganado y contrabando, como medios de supervivencia. Y del espacio al tiempo. Durante muchos días después, casi 36.000, fue recorriendo múltiples caminos en la geografía del territorio de su país y en la de su alma. Primero, siguiendo los destinos que hubo de atender su padre, veterinario de ascendencia navarra. Un itinerario cuajado de nombres: Fermoselle, Salvatierra de Miño, Vigo, Jaén, Santander, Madrid, Valencia, Barcelona –donde moriría su progenitor-. Después Orense y, de nuevo Madrid, en 1944, donde iba a discurrir el resto de su vida, hasta el 16 de abril de 2022, fecha de su fallecimiento. Con estas coordenadas podríamos abordar otro epígrafe que titularíamos:

Enrique de Aguinaga, todo un siglo

La biografía del Dr. Aguinaga, aunque sólo sea un boceto de la misma, ofrece pues, a la vista de las referencias cronológicas y geográficas apuntadas, la posibilidad de repasar a grandes rasgos, los perfiles de una singladura centenaria de nuestra historia. Me recuerda, en cierto sentido, por su longevidad, la figura de don Juan de la Pezuela (1809-1906), a quien el marqués de Rozalejo dedicó un libro titulado *Cheste, todo un siglo* (publicado en 1935), que tuvo no pequeño éxito.

Bajo la mirada de Aguinaga pasó la España de don Miguel Primo de Rivera, llegado al poder el 13 de septiembre de 1923, apenas unas semanas antes de que Enrique viese la primera luz. Seguramente el futuro periodista, llevado de su curiosidad, se apresuró cuanto pudo para asomarse a una etapa importante de la historia española. Durante la Dictadura del II marqués de Estella discurrió su infancia, con sus juegos de niño, sus lecturas iniciales, sus primeros sueños, ... El regeneracionismo primorriverista, a pesar de sus innegables logros socioeconómicos, políticos y militares, no pudo superar la contradicción que representaba su carácter transitorio, y su tendencia a convertirse en permanente. Pero tras su caída, la crisis política institucional del sistema parlamentario no pudo evitar el derrumbamiento de la monarquía de Alfonso XIII. Faltó decisión para acometer la reforma constitucional que el país necesitaba. Se perdió un tiempo decisivo, el de 1930, entre dudas y miedos y acabó llegando la II República.

Entusiasmo y temor saludaron el 14 de abril de 1931. Siguieron cinco años de desencuentro creciente entre los españoles, fueron pocos los días de paz en aquel periodo. Las esperanzas de quienes creyeron posible la modernización de España, de la mano de un Estado laico, asentado en la Constitución de 1931, duraron poco. Sobre el telón de un desencuentro creciente transcurrieron dos periodos de signo radicalmente antagónico. El primero hasta noviembre de 1933, el segundo en el bienio siguiente. Las elecciones de febrero en 1936 abrieron la puerta a un nuevo impulso a la revolución fallida, en octubre de 1934.

La dialéctica revolución/contrarrevolución dio paso a la guerra (in)civil, una contienda de cuyo desenlace final tuvo Aguinaga temprana premonición, mucho antes de que se produjera en realidad. Fue en 1937, en su casa de Valencia, donde la familia se había trasladado al hilo de los acontecimientos políticos y militares. Me contó Enrique, en una ocasión, que Gordón Ordax, político importante en el bando republicano, entonces de viaje a España desde México donde era embajador, y uno de los grandes veterinarios de nuestro país, pasó a saludar al padre de Enrique, compañero de profesión. Allí, en la capital del Turia le comentó, con el natural desconsuelo que, a su juicio, la República perdería la guerra inexorablemente.

El segundo ensayo republicano había demostrado, por encima de todo, la incapacidad de los españoles para vivir en libertad y en paz. No habíamos aprendido la larga lección del siglo XIX y es una asignatura que aún tendemos a repetir. La barbarie cainita de 1936-1939 se llevó por delante la adolescencia de Enrique, dos hermanos, uno en cada bando, enterrados juntos en el cementerio de Porcayo. También al hombre que seguramente le inspiró la mayor admiración, José Antonio Primo de Rivera, el líder carismático a quien tantos recuerdos consagró después. Terminada la contienda hubo que afrontar la difícil superación de aquel trauma, como ocurre en todos los conflictos civiles. Decía don Jesús Pabón, que se pasa de la paz a la guerra en un día, en un momento, pero de la guerra a la paz, la cuestión resulta más complicada.

Los que creen que la postguerra fue excepcionalmente cruel en la España de 1939, deberían tener en cuenta, entre otros ejemplos, los de la Guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865) cuyas secuelas directas se prolongaron hasta 1877, con la ocupación militar de los estados confederados, aunque en 1872 se pidió la restitución de los derechos políticos a los estados del Sur. Por su parte, la guerra civil en Rusia (URSS después), de 1917 a 1923, acarreó más de dos millones de muertos por represión y una cifra incalculable posteriormente. Y así podríamos añadir muchos otros ejemplos.

Aguinaga vivió la época franquista con sus diversos periodos de 1939 a 1951 de ahí 1953-1959, la apertura siguiente; y luego el desarrollismo de 1963 a 1975. Desde las cartillas de racionamiento y el país en blanco, (generalmente bastante oscuro) y negro (profundo) hasta la España en color; dentro ya de las diez primeras potencias industriales del mundo. Un tiempo con acusadas luces y sombras, sin libertad política, y una paz impuesta, como precio a la incapacidad demostrada en la época precedente para convivir en paz y libertad. Tras la muerte del Caudillo llegó, finalmente, la monarquía constitucional, mediante una ejemplar transición de la Dictadura a la Democracia, caso raro en nuestros anales históricos, y el Dr. Aguinaga firmaría, en diversos momentos y por diferentes motivos, hasta siete veces la Constitución de 1978.

Don Enrique se adaptó a las circunstancias del modo más positivo que puede hacerse como ser humano. Aceptó la nueva situación lealmente sin renegar de sus creencias políticas y religiosas y, con ese mismo talante, sin acogerse a la simulación desleal, colaboró, en la medida de sus fuerzas, para mejorar la España que alumbraba otro tiempo.

Salvar la propia circunstancia para salvarse: la honestidad

Una biografía recoge el discurrir de la existencia, la superación de la propia circunstancia, pero más importante que los cambios es el modo en que se producen. Enrique de Aguinaga supo vivir con dignidad, la ciencia primera y fundamental del hombre, como escribía

Ganivet en los *Trabajos del infatigable creador de Pío Cid*. La forma superior de ser independiente y dueño de sí mismo. También a la manera machadiana, porque no dudó nunca de la dignidad del ser humano y entendió, como siempre se dijo en mi tierra castellana, que no hay nadie más que nadie, al menos esencialmente, porque la vida, ese ejercicio que da sentido a la existencia, ofrece la posibilidad de crecer en libertad. Manteniendo siempre el bien encomiable que es la lealtad, como respeto y fidelidad a los propios principios morales, a los compromisos establecidos, o hacia alguien que los encarne, real o simbólicamente.

Trascendió singladuras, más o menos fáciles, aferrado, casi siempre, a la ironía, punto de partida para la libertad, como diría Víctor Hugo. No olvidemos, además, que la potencia intelectual de un hombre se mide por la dosis de humor que es capaz de utilizar como aseguraba Giorgio di Chirico. Más aún, la ironía es el pudor de la humanidad, según manifestaba Renoir. Y junto a los anteriores valores, como compendio de todos ellos, el más decisivo: la honestidad. Ser honesto es ser un hombre escogido entre 10.000, afirmaba Shakespeare. Un hombre de verdad, que busca alimentarse en la verdad.

Como escribió Marco Aurelio en sus *Meditaciones*, el Dr. Aguinaga dio ejemplo de que el verdadero bien consiste en ser honesto y el mal genera lo vergonzoso. Por eso luchó para que nadie pudiera despojar su alma de la honradez. No se quejó de la suerte presente ni de temor al futuro. Buscó aceptar lo mejor con que la Providencia ilumina nuestras vidas día a día.

El maestro. El Periodista. El maestro de Periodistas

Cuando le fue concedido por primera vez el premio nacional de periodismo, que ganaría además en otra ocasión, se dijo de él que era un periodista solvente y pulcro, que abarcaba toda la variedad del quehacer profesional con acierto, laboriosidad y dignidad singulares. Modestia, seriedad y búsqueda de la verdad serían pues rasgos definitorios del gran periodista que fue Enrique de Aguinaga. Pero de esta faceta esencial en su biografía se ocupa brillantemente para la ocasión el profesor Álvaro de Diego.

Aguinaga conocía el periodismo a lo Valle Inclán “El periodismo –decía don Ramón- es travesura, lo mismo que la política, son el mismo círculo en diferentes espacios” pero dedicó lo mejor de su persona al periodismo de cátedra. A la teoría y la científicidad posible en la labor periodística. Como periodista profesional, fue redactor, redactor jefe y subdirector de *Arriba*, redactor de *La Vanguardia*, subdirector de *Haz*, cronista de Radio Nacional de España, *La voz de Madrid* y Agencia Pyresa, y columnista de *Arriba*, *Hoja del Lunes* y *Ya*. Como consecuencia de su especialización en la información y en la crítica municipales, fue Decano de los Cronistas de la Villa y directivo del Instituto de Estudios Madrileños, llegando a presidirlo.

Cronista de la Villa, directivo del Instituto de Estudios Madrileños y diplomado en Problemas Políticos de la Vida Local (Peñíscola). Delegado de Servicios del Ayuntamiento de Madrid. Participó en el movimiento profesional organizativo del mundo periodístico como fundador de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo, directivo y secretario general de la Asociación de la Prensa de Madrid, Consejero Nacional de Prensa y Secretario Técnico de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España. Premio Nacional de Periodismo, para labor firmada (1956) y para labor anónima (1959), así como, entre otros, *Luca de Tena* (1976), *Mesonero Romano* (1982) y *Rodríguez Santamaría* (1993), este último por la labor periodística de toda una vida profesional.

Autor de *El Madrid de cuatro siglos* (1961), *Madrid, empresa nacional* (1967), *Periodismo, profesión* (1980), *Epistemología del ejercicio periodístico* (1984), *Esencia del periodismo: la periodificación* (1988), *Dimensión científica del periodismo* (1994), *Sobre José Antonio* (1997), *Aquí hubo una guerra* (1997) y *Orígenes históricos, atardeceres, análisis y perspectivas de la capitalidad de la Villa de Madrid* (1998) así como de conferencias y miles de artículos, principalmente sobre Madrid y sobre la profesionalización del periodismo.

Su investigación docente versa sobre la consideración científica del periodismo, la definición profesional del periodista, la teoría del periodismo y, más concretamente, la teoría del periodismo como periodificación. Impartió cursos sobre profesión periodística. Como cronista, su atención se centró en el fenómeno histórico, social y político de la capitalidad de Madrid.

Catedrático de Periodismo (emérito) de la Universidad Complutense de Madrid (Departamento de Periodismo I, “Análisis del mensaje” de la Facultad de Ciencias de la Información, en la que también impartió Doctorado. Fue profesor y Director del “Master en Periodismo Profesional” (Convenio Universidad Complutense-Prensa Española S.A.) Profesor de *Universitas Senioribus (Madrid y su historia)* y profesor extraordinario de la Universidad San Pablo-CEU. Cronista Oficial de la Villa de Madrid. Sus más de cincuenta y cinco años de docencia periodística transcurrieron en la Escuela Oficial de Periodismo, Escuela de Periodismo de la Iglesia, Facultad de Ciencias de la Información (UCM) de la que fue Secretario, Facultad de Humanidades San Pablo-CEU.

Graduado por la Escuela Oficial de Periodismo, maestro de Primera Enseñanza, Oficial Técnico de Telecomunicaciones, Licenciado y Doctor en Ciencias de la Información.

Entre los cursos y seminarios de Periodismo impartidos en otras instituciones destacan: el Instituto León XIII, el Instituto de Cultura Hispánica, la Escuela Nacional de Administración Local, el Instituto Oficial de Radiotelevisión, el Centro Internacional *Menéndez Pelayo*, de Navarra, de La Laguna, en la Autónoma de Bucaramanga, en la Central y de *los Libertadores*,

de Bogotá, etc. Se puede calcular que su magisterio periodístico se ha proyectado sobre unos doce mil alumnos.

El Doctor Aguinaga en la RADE

No podíamos hacer una necrológica en memoria de don Enrique de Aguinaga, sin ocuparnos de su condición de miembro destacado de esta Corporación. Aunque sea de modo abreviado por cuanto, de otra forma, excederíamos en mucho el tiempo razonable que hemos de dedicar a este acto. El Dr. Aguinaga fue elegido Académico de Número de la RADE el 5 de octubre de 1994. Poco más de un año después, el 10 de enero de 1996, tomó posesión de la medalla número 82, perteneciente a la Sección de Humanidades.

Su discurso de ingreso, pronunciado en el Salón de Actos de la Real Academia de Farmacia, estuvo dedicado a la *Dimensión científica del Periodismo*, un tema especialmente querido por él. Como dijimos en otro apartado su labor investigadora y, en consecuencia, muchas de sus publicaciones como *Periodismo, profesión, Epistemología del ejercicio periodístico, Esencia del periodismo: la periodificación,* etc. seguían apuntando la importancia de la teoría del periodismo. Fue respondido por un gran universitario y académico, el Dr. D. Ángel Vian Ortuño que fue Rector de la UCM, entre 1976 y 1981.

Desde el momento de su incorporación a nuestra Academia llevó a cabo cuantas actividades le fueron encomendadas. Así por ejemplo, intervino, como ponente, en múltiples sesiones. Citaremos solo alguna por sus títulos: “¿Tiene límites la libertad de expresión?”, tema capital de su profesión de periodista; “El problema del agua en España”. Asunto que preocupó a los más preclaros españoles de tantos siglos, en especial desde el XVIII. El agua como factor económico, como necesidad vital, como posible vía de comunicación, como aporte decisivo en la transformación de la agricultura, como componente importante en la distribución demográfica de nuestro país y, sobre todo, como elemento vertebrador de España desde el punto de vista humano y territorial. Objetivo pendiente todavía hoy y cada vez más difícil de alcanzar por la pésima gestión de algunos gobiernos, que han potenciado más la insolidaridad y la confrontación que la solidaridad y el entendimiento. El abandono del Plan Hidrológico Nacional sería la muestra más palpable de la subordinación del interés general y del bien común, a los afanes partidistas.

El Dr. Aguinaga realizó también apuntes y semblanzas de compañeros en actos como éste, por ejemplo la del Dr. Joaquín de Entrambasaguas (2013) y la del Dr. Eloy Benito Ruano (2014), en ambas sesiones necrológicas participamos juntos. Y ¿cómo no? Madrid, siempre entre sus inquietudes y sus reflexiones: *Madrid, capital del barroco* o *Ilustraciones matritenses* serían algunas de sus disertaciones en esta RADE. Fue un académico preocupado por la RADE. Asistió asiduamente a las reuniones de la Sección de Humanidades

y a los plenos de la Academia interviniendo muchas veces, siempre con el buen criterio que le distinguía.

Con el tiempo pasó de Numerario a Supernumerario, pero esto le costó menos que retroceder de “Aguinaga” a “de Aguinaga”, por caprichos burocráticos

Otras enseñanzas del doctor Aguinaga, para no olvidar

Enrique de Aguinaga nos enseñó algo profundamente enriquecedor: la diferencia entre ser mayor y ser viejo. Lo primero es simplemente inevitable, pues el tiempo reduce nuestras facultades físicas. Perdemos fuerza, agilidad, capacidad de movimientos; nos ataca el cansancio, somos más vulnerables en muchos aspectos. Pero, a la vez, incrementamos nuestro saber por antonomasia, a partir del conocimiento de la vida, conveniente, y de la muerte, inevitable. Ser viejo es otra cosa, supone la quiebra del espíritu, ceder al miedo que nos animaliza, acobardamos ante demasiadas cosas. Perder la ilusión de vivir, la curiosidad, el humor y no mirar cada día como un regalo de Dios, Enrique fue mayor pero no viejo. Aunque su postrer escrito tenía solo cuatro palabras, pero efectivas: *“qué duro es morir”*. La gran asignatura de nuestra existencia no es otra que aprender, a morir.

En este camino pedagógico conservo el recuerdo de lo que acaso fuese su última lección; aunque no me atrevo a certificarlo, porque aún le quedaban casi cuatro semanas de vida, y un buen maestro sigue dictando lecciones hasta el instante final de su existencia. Pero para mí y algunos otros que tuvimos la suerte de escucharle, el domingo 20 de marzo de 2022 dictó su última lección. En un bajo de la calle Abdón Terradas asistió a un ágape de la Sociedad de Pensamiento Lúdico, agrupación joco-seria, esperpéntica y sublime, a caballo entre la inutilidad deseable y la realidad mejorable, de la que era Presidente de Honor. Entre el ruido grosero y descompasado de medio centenar de voces, y varios objetos que nada permitieron escuchar, empezó a oírse la voz grave, sonora, solemne de un hombre enjuto, de ojos chispeantes, cobijado por una gorra de dimensiones mayúsculas. De pronto se hizo el silencio y la sorpresa dio paso a la admiración. Mi nombre es Enrique dice el orador. Estoy solo, en medio de los 8.000 millones de seres humanos, que pueblan la tierra y los más de 100.000 millones, de los que hablara Carl Haub en 1995, como predecesores nuestros. Cierro los ojos para aislarme más –continúa-. En la oscuridad mis manos se buscan queriendo asirse. Mi pensamiento y yo a solas, en medio de mi confusión y de mi ignorancia.

Un silencio apenas molestado, no ya por la insolencia anterior, sino por la propia física de la masa, se había adueñado del tiempo y del espacio de aquel cenáculo improvisado en que nos encontramos. El orador siguió hablando y ya nadie dudaba que estábamos asistiendo a un hecho excepcional. Un hombre expone lo sublime de la vida y anuncia la proximidad de la muerte. A la manera de Zenón de Citio o de Francisco de Quevedo. Declara que, en medio del progreso y de

la aberración histórica, fue creado ser viviente, animal racional, humano, varón, blanco, español, generador y mortal. Y me pusieron el nombre de Enrique. Hace tanto tiempo que ahora entiendo que debo prepararme para devolver mi nombre, que recibí como préstamo.

Esa lección, recogida y publicada como obituario en el diario *La Razón*, el 22 de abril de 2022, por el profesor Tamames, es una página para releer mil veces, en particular algunos pasajes, como el que dice “queremos tenerlo todo y, como remedo –subrayó–, nos conformamos con coleccionar objetos que, más o menos pronto, empiezan a sobrnos”. Y advierte “la vida es un continuo ir llegando, un galaico imos indo”. Una lluvia de destellos estremecidos empapa los recuerdos. En el principio la Palabra existe: frente al misterio, frente al mar, devolveré mi nombre.

Sufro una desolación tranquila. Enfrente tengo el mar. Lo estoy viendo. Es el agua misma y familiar, cielo derrumbado, horizonte que cruza mi ventana. Sólo sé que vengo a devolver mi nombre. Y lo hizo el 16 de abril de 2022 con entereza admirable, con la sensación del deber cumplido; después de usarlo correctamente, noventa y ocho años, ocho meses y diez días; según el calendario.

En realidad, mucho más ya que hoy, transcurridos varios meses desde entonces, lo he recuperado y ejercido de pleno derecho. Porque esta tarde del 1 de febrero de 2023, aquí, junto a nosotros, ha estado Enrique, trascendiendo el tiempo, porque como dijo Cristo “donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos (Mateo, 18:20) y, ocasionalmente, esto volverá a ocurrir tantas veces como queramos y, el caso de Enrique, estoy seguro, será con frecuencia.

Non omnis moriar, multaque pars mei vitalit nártes libitinam, la referencia horaciana a la inmortalidad del alma a través de la palabra; esencialmente del nombre. No moriré del todo y gran parte de mi esperará a los míos.

Hasta otra, hasta siempre. Repitiendo algo que te hubiera gustado oír: Enrique de Aguinaga ¡Presente!